

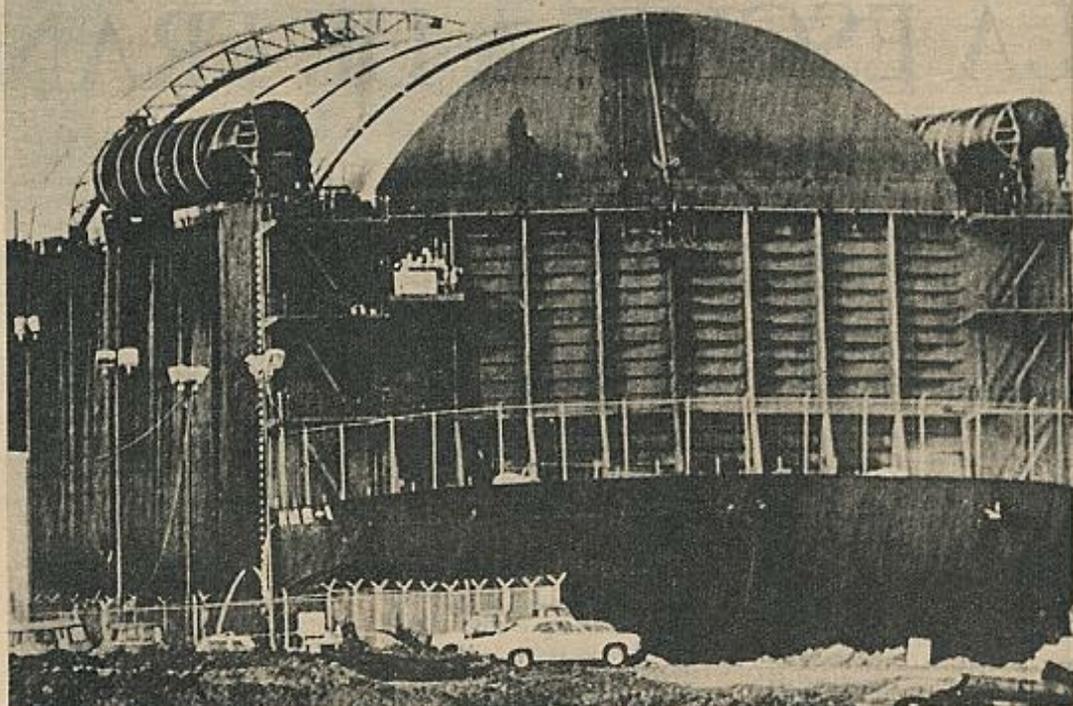
EL "multimillonario invisible" ha encontrado un nuevo escondrijo para su fortuna: el fondo de los océanos. Howard Hughes, el "Fantomas" del capitalismo, acaba de enviar a una zona marítima próxima a la costa nicaragüense a un superno de explotación minera de los océanos, el "Glomar Explorer", cuya construcción llevó a cabo, en Los Angeles y en el mayor de los secretos, la firma Global Marine Inc. Se dice que a este navio se unirá en breve una gran barca sumergible, que ha sido construida con idéntica discreción por la división Ocean Systems de la firma Lockheed. De esta barca únicamente se sabe que se trata de un gran depósito de noventa metros de largo por treinta de ancho y que se mantendrá a una profundidad de cuarenta y cinco metros por debajo del "Glomar Explorer" por medio de brazos y tubos estabilizadores. De este conjunto partirán múltiples tubos con un peso total de unas cuatro mil toneladas, que llegarán hasta varios miles de metros de profundidad, hasta el fondo mismo de los océanos.

Todo este aparejo no es, en realidad, más que una gigantesca aspiradora destinado a succionar los nódulos de cobre, manganeso, níquel y cobalto que tapan el fondo del Pacífico.

Si Hughes se ha lanzado a una aventura semejante, con todas las inversiones que exige, es que los beneficios que se pueden extraer de la empresa prometen ser colosales, sobre todo para el primero que llegue, que podrá permitirse el lujo de subvertir totalmente los precios mundiales de los minerales, precios que, en la hora actual crecen sin cesar. Es, pues, natural que los países productores de minerales, que son en su mayoría países en vías de desarrollo, no ven con buenos ojos tal empresa.

Pero lo más grave es que la mayor parte de esas riquezas submarinas yace fuera de las aguas territoriales, es decir, bajo esas aguas que se ha convenido en llamar "aguas internacionales" en espera de una mejor definición. Y si bien existe un derecho de alta mar, ese derecho se aplica exclusivamente a lo que ocurre en la superficie. Ahora bien, varias compañías interesadas en la explotación de los fondos oceánicos, y no sólo Howard Hughes, han dado ya a entender sin el mínimo empacho que se proponen instalarse en esas zonas para proceder a su explotación.

Esa actitud está en contradicción con la resolución de la ONU, según la cual las riquezas de los



El «Glomar Explorer», un superno de explotación minera del fondo oceánico, mandado construir por Howard Hughes.

LOS MULTIMILLONARIOS DEL OCEANO

océanos deben ser compartidas equitativamente.

Howard Hughes y sus seguidores no quieren ni oír hablar de legislación. "El primer llegado será el mejor servido", así puede resumirse su política. Hay quienes se muestran favorables a una especie de "legislación unilateral", impuesta por los Estados Unidos, cuyo gobierno brindaría su apoyo incluso militar si las circunstancias lo exigieran a los "mineros de los mares". Los más pragmáticos sólo piensan en ponerse manos a la obra lo antes posible argumentando que, si un día se adoptase una legislación internacional —del tipo que fue—, dicha legislación habría de tener en cuenta el hecho consumado.

Acaba de inaugurarse en Caracas la conferencia internacional sobre derecho marítimo, que proseguirá sus trabajos y deliberaciones hasta el 29 de agosto. Dicha conferencia debe, al menos en principio, poner a punto la legislación de los fondos oceánicos. De hecho, no podrá hacer otra cosa que tomar conciencia de las divergencias irreducibles de los distintos grupos participantes: tercer mundo, países pro-

ductores, naciones industrializadas, etcétera. Por otro lado, las Naciones Unidas, previendo una falta de resultados prácticos, han preparado ya en Viena el local donde pueda continuar durante meses e incluso años el ronroneo de las consultas, según el modelo de la conferencia del desarme de Ginebra. A Howard Hughes y los otros industriales que piensan como él se les puede pronosticar días felices, a menos que la entrada a liza de un nuevo grupo de descontentos no haga variar los datos del problema. Esos descontentos son los científicos americanos, que se sienten engañados.

¿Por qué? Porque Hughes se ha aprovechado al máximo —una vez más— de la experiencia adquirida por Global Marine en la construcción, el armamento y el gobierno de otro navio, el "Glomar Challenger", célebre buque oceanográfico con cuyo concurso los científicos han podido explorar y horadar la corteza oceánica a fin de comprender mejor las modalidades de la deriva de los continentes.

Además, fue el "Glomar Challenger" el que permitió el descubrimiento —capital— de los nó-

dulos oceánicos. La pregunta que se plantean los científicos es la siguiente: ¿Es admisible que un individuo o una compañía privada, cuyos intereses son puramente comerciales, pueda aprovecharse de forma tan evidente y directa de un proyecto financiado con fondos públicos? (Peter J. Smith, "Nature", vol. 249, p. 200). Ahora bien, en los Estados Unidos, cuando uno consigue congraciarse con los contribuyentes, la partida está medio ganada. También los ecólogos podrán ser movlizados, pues, como ha observado lord Ritchie Calder, es de esperar que algunos de los futuros explotadores de los fondos oceánicos lleven a cabo in situ un primer refinado, con lo que se tirarían por la borda los desechos ácidos y alcalinos cuyos efectos sobre la ecología marina resulta difícil prever. No es imposible, por consiguiente, que una campaña de opinión pública a cargo de los científicos pueda inducir al gobierno americano a adoptar una postura más conforme a los intereses, ya que no de la Humanidad, si al menos de los ciudadanos norteamericanos. ■ CHARLES SCHREIDER.